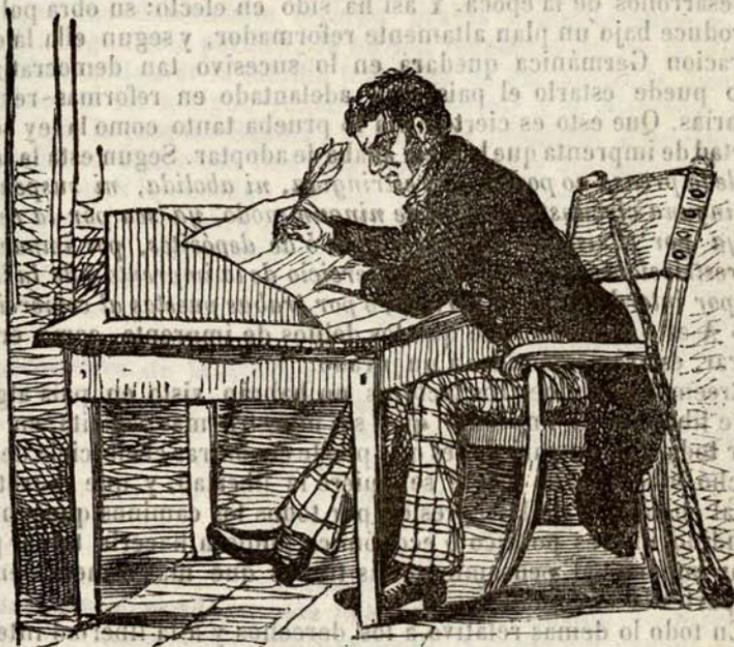


DON CIRCUNSTANCIAS.

PERIÓDICO SATÍRICO-POLÍTICO-LIBERAL.



LA ALEMANIA EN ITALIA.

Segun vimos en nuestro último número, la constitucion de la dieta de Francfort ha sido tan democrática como puede serlo la de un poder revolucionario. Los que la convocaron no habian vencido en las barricadas, pero no por eso eran menos soberanos. Dominaban una situacion pacífica que esperaba de sus voluntades la nueva impulsión que les placiese darla. Ni consultaron á monarca ninguno, ni atendieron á lo que tal gobierno ó tal otro podia decir: miraron solo á su fin reformador, y bajo esta idea señalaron los hombres que habian de componer la Asamblea soberana.

Pero si el principio popular y reformador dominó en la constitucion de la dieta, no preponderó este menos cuando se trató de

darse un gefe. El archiduque Juan es tan popular como puede serlo un rey: se le eligió porque se creyó que habiendo vivido tantos años distante de su corte, habria aprendido ya á conocer lo que son los tronos cuando los pintan sus cortesanos aduladores, y lo que deben ser cuando se han de cumplir las exigencias lejitimas de los pueblos que son los que bendicen ó escarnecen segun se estiende el cetro de los reyes para protegerlos ó para tiranizarlos.

Con estos dos antecedentes debia esperarse que la dieta alemana tendiese á dar á la familia alemana una constitucion en armonia con los desarrollos de la época. Y asi ha sido en efecto: su obra politica se produce bajo un plan altamente reformador, y segun ella la confederacion Germánica quedará en lo sucesivo tan democratizada como puede estarlo el pais mas adelantado en reformas revolucionarias. Que esto es cierto nada lo prueba tanto como la ley sobre libertad de imprenta que la dieta acaba de adoptar. Segun esta la *libertad de la prensa no podrá ser restringida, ni abolida, ni suspendida en ninguna circunstancia, ni de ningun modo, ya sea por la censura, ya por el sistema de concesiones ó de depósitos, por impuestos, por restricciones que coarten el ejercicio de la imprenta ó de la libreria, por interdiciones en correos, ó por trabas puestas al comercio libre.* A esto debe añadirse que los delitos de imprenta, como era de esperar, estarán sometidos á un jurado.

Creemos que nuestros lectores no habrán visto en pais alguno ley de libertad de imprenta que se muestre mas solicita en precabar todas las contrariedades que puede encontrar el ejercicio de este derecho soberano: se vé que se quiere la libertad, y que se trata de salir al encuentro de la represion por todos los caminos que un mal entendido interés político ó económico pudiera hacerla tomar para lograr imponer al pensamiento las trabas que mas ó menos en todas partes le abruman.

En todo lo demas relativo á los derechos y á la libertad interiores, la dieta de Francfort se ha manifestado animada del mismo espíritu que la dió origen. De modo que si su mision fuese solamente politica, podíamos ya desde luego felicitarnos por el resultado civilizador que indudablemente ha de dar su instauracion. Pero los sabios no son á veces los mas á propósito para las cosas de pura práctica: en sacárseles del terreno especulativo, el cual recorren fácil y felizmente con el pensamiento, y en el que levantan los edificios sociales como pueden hacerlo con los sistemas puramente filosóficos, se hallan á cada paso en una horrible contradiccion con el mundo exterior, al cual es imposible trasformar en un solo dia, como ellos en su abstraccion poderosa han creido. Por esto, pasar á mandar las naciones desde el gabinete del sabio no es siempre lo mas á propósito, á no ser en esos momentos en que las reformas encuentran en una voluntad ilustrada y práctica una reguladora que las hace seguir la direccion pacífica que las conviene para no atropellar al mundo en su marcha, nece-

sariamente mas lenta que la que llevan los puros espíritus.

En nada se ha visto esto tanto como en lo que está sucediendo en la dieta de Francfort. Allí todo ha ido de un modo propicio en tanto que no se ha tratado mas que de los derechos políticos que aquellos pueblos ilustrados reclamaban; pero satisfecha esta necesidad, el partido histórico de la asamblea (si así nos es permitido llamarle) ha empezado á formular proyectos de agregacion de territorio, que indudablemente crearán graves complicaciones á la Alemania. Segun este partido, la mision regeneradora de la dieta se estiende á restaurar la familia teutónica en los antiguos límites y condiciones del antiguo imperio. Constituir á la Alemania tal como la rigió la casa de Suabia, es el bello ideal que á fuerza de investigaciones históricas han llegado á concebir los sabios de la dieta. Para estos la cuestion de raza es la mas perentoria: los siglos que han pasado sobre las nuevas encarnaciones de unos pueblos en otros; la comunidad de intereses y de afecciones que se ha establecido entre los miembros de las antiguas familias humanas; lo que ha hecho en tantos tiempos el espíritu centralizador de los gobiernos parciales, todo eso significa nada para los espíritus especulativos de la Alemania. Ellos creen poder levantar las ruinas de tantos siglos y encontrar debajo de ellas vivas y puras, como en los tiempos primitivos, las afinidades de las antiguas razas. Como se halló una ciudad romana en toda su pureza bajo las labas que la habian inundado hacia tantos siglos, así los de la dieta de Francfort se prometen encontrar la familia alemana pura de todo contacto extraño bajo la capa de los tiempos.

De lo descabellado de este proyecto se podrá formar completa idea cuando se diga que apenas hay nacionalidad que no afecte. Para que la Alemania se constituya segun la pauta del partido histórico, era preciso un cambio general en Europa. A este cambio, por supuesto, no habia de poder llegar mas que por la guerra; pero es tal el fervor de los que abrigan este proyecto, que los intereses de la paz son para ellos nada comparados con los de la afinidad y fusion de las antiguas razas.

El mal que los sabios hacen en el gobierno no nace tanto de lo fácilmente que conciben en su rincon proyectos extraños que podrían trastornar la sociedad, como del empeño que ponen en realizarlos. La ciencia, como la ignorancia, tiene su fanatismo; solo que el de la primera es mas perseverante, porque no se le logra distraer de su objeto. A las masas se las puede hacer cambiar de opinion por medio de un movimiento oratorio ó con una razon; pero ¿quién será bastante fuerte á arrancar de la cabeza del sabio la idea que una vez ha llegado á sentarse en ella como señora?

Veamos si no, prosiguiendo en nuestro asunto, lo que hasta ahora ha hecho el partido histórico en la dieta de Francfort. Sin pararse en escrúpulos ni temores ha empezado por atraer á sí paises que hasta ahora le eran extraños como si existiese el mas impres-

criptible derecho. El Schlestrig-Holstein habia pertenecido hasta el presente á Dinamarca: últimamente este ducado se subleva y se atrae á su partido á la Prusia para contrabalancear la influencia de la Rusia que parecia inclinarse en favor de su antigua señora. Para dirimir la contienda, la dieta de Francfort declara anexos á la Alemania los dos estados litigiosos. Apela al elemento alemán contra el elemento eslavo, y se cree con esto árbitra de la diferencia. Pero no está aquí lo peor: á la anexión de estos ducados se sucede la de una gran parte de la Posnania y la del Limburgo, que ha de suscitar diferencias entre la dieta y la Holanda. Todo esto se hace sobre la marcha y sin más que la decisión de su voluntad. Así hieren los intereses nacionales de los diferentes países y se va creando enemistades que estallarán en su día.

Sin embargo, lo que ha hecho no es nada comparado con lo que quiere hacer. En la dieta se ha manifestado como una necesidad imperiosa la de continuar en la reconstrucción del antiguo imperio. Se ha dicho que de este ha de formar parte la Istria y la Venecia y hasta la Lombardía, y para colmo de ambición y de exagerado sistematismo se ha pensado en desmembrar la Francia actual para arrancarle la Alsacia, provincia dependiente de la antigua unidad teutónica. Proyectos tan descabellados y tan osadamente acometidos han de acabar por dar un golpe á la dieta alemana, mal mirada ya por los príncipes soberanos por sus instintos reformadores á pesar de sus continuadas protestas de sincero reconocimiento.

Examinando los intentos de la dieta de Francfort hemos llegado á nuestro asunto: entre sus locas pretensiones hemos hallado la de atraer á su unidad á la alta Italia de quien la separa la lengua, las costumbres y la historia de todos estos últimos siglos. ¿Qué papel tendrá pues la dieta en la resolución de la cuestión italiana? ¿Apoyará á los lombardos venetos? Momentos hubo en que pudo creerse así: el partido democrático sincero, por boca del eminente filósofo Rouge, abogó por la independencia italiana declarando superiores los intereses y los lazos de la humanidad en general á los de raza. De modo que si este partido hubiera sido mayor, indudablemente hubiera arrastrado á la Asamblea á una protesta en favor de los pueblos italianos. Pero el partido que hemos llamado histórico y que podríamos denominar también nacional, ha tenido más en cuenta el interés de lo que cree la nación que el de la causa de la justicia, y ha formulado su pensamiento de anexión á la Alemania. Aparte de los que piensan de este modo, hay en la dieta una fracción meternichista que tiende á la reacción y á la preponderancia del Austria. Esta fracción unida á la histórica, decidirá indudablemente la cuestión italiana de un modo poco satisfactorio para la Italia. En nuestro sentir la dieta apoyará al Austria en sus pretensiones de dominación sobre el alta Italia, con tal de que estas provincias queden formando parte del nuevo imperio.

Solo hay una circunstancia que podría entiviar á la dieta en lo tocante al apoyo que ha de prestar al Austria. El emperador, preciso es conocerlo, no ha accedido sinceramente á las reformas constitucionales que le han impuesto las masas de Viena. Su vuelta á la capital, ha sido una concesion hecha al peligro del momento, pero él espera apoyarse en sus tropas para rehabilitarse en su antigua condicion. Ahora bien, el ejercito de Radetzki triunfador en Italia, no puede volverse contra la obra de regeneracion de la Alemania. ¿Se olvida que el feld mariscal es eslavo y que sus tropas son tambien? ¿Se olvida aparte de esto de que las influencias eslavas son muy poderosas en Viena? Pues entonces, ¿cómo no ver un gran peligro para la dieta en los triunfos de los ejércitos austriacos? ¿Cómo no conocer que si ahora se la deja legislar es porque para protestar contra la razon, la tiranía no tiene mas que la fuerza y que la fuerza la tiene el Austria empleada en sojuzgar las provincias rebeldes?

Todas estas reflexiones se las hará indudablemente la Dieta, y podrá ser que entivien su celo por la causa austriaca. De otro modo es inevitable una guerra general, caso de que la Italia se rehabilitase por sus propios recursos ó por una intervencion. Afectado el sentimiento nacional de la Alemania, sus ejércitos podrian contrarrestar cualquiera empuje. Así que la Francia comprometida en favor de la Italia, no tendria que combatir solo á la Austria sino á la Alemania entera que cuenta con una poblacion de 50 millones de almas. Así vemos nosotros la cuestion: si la Alemania teme la reaccion del Austria, el Austria es impotente, casi diriamos que aun contra la misma Italia: si por el contrario, la apoya, la Italia sucumbe ó provoca una guerra europea.

Estos peligros, sin embargo, no los presentamos como para disculpar á la Francia. Las causas justas no siempre son las mas fáciles, pero no por eso deben abandonarse. Aunque detrás del Austria estuviese la Alemania, la República debe dar á la Italia una mano salvadora que le demanda como hermana. La Francia no sabe ni conoce las fuerzas que tiene si se presenta como la salvadora de los pueblos oprimidos, si realiza las esperanzas que ha hecho concebir. Todo lo que será impotencia en otro caso, será nervio y temple si cumple su mision. Representante de la causa de la humanidad, los corazones de todos le apoyarán con sus votos. Además, que sea osada y que no tema espantajos ni sombras de poderes que ya fueron. Donde mas fuerte se cree la tiranía, es tal vez donde mas minada está. Ayer mismo los periódicos estrangeros trajeron la noticia de una revolucion que habia estallado á la vez en S. Petersburgo y en Moscow. Aunque esto sea falso, siempre prueba que se espera algo. De modo que ni aun el poder absoluto de los Czares es ya mas que una cuestion de tiempo. Se valúa ya su corona absoluta por lo que puede durar; y un poco antes, un poco despues, se sabe que ha de caer.

Por otra parte, las fuerzas de un pueblo son prodigiosas cuando las mueve un sentimiento general. Si Carlos Alberto dejó arinconados los elementos propios de la Italia para poderla vender mejor; si hizo solo en su mayor parte con su ejército piemontés una guerra para cuya terminacion podian ser obstáculos los cuerpos italianos de que se hubiese hecho seguir, no por eso se ha de creer que la Italia sea impotente. Aislada y sola, aun su espíritu se mantiene en pié y protesta contra la traicion del rey de Cerdeña. Venecia se ha constituido en república y se manifiesta dispuesta á morir antes que entregarse á los austriacos. Además, algunos cuerpos del ejército italiano se mantienen fuertes en varias plazas esperando las nuevas gentes que se les van reuniendo: á las mismas puertas de Milan, á tres leguas de la ciudad, la villa de Monza está ocupada y defendida por los lombardos; la Valtedina se ha constituido tambien en república; el general Garibaldi dispone del lago Mayor, y las montañas del lago de Guardia, Bergamo y todo el pais hasta Como están ocupadas por las columnas Thamberg y Griffini.

De modo que la venta de Milan no ha arrastrado por entero la caida de la Italia. Si ahora el Papa abriese de nuevo los ojos; si le enseñase algo la desconfianza del pueblo, que ha levantado en Roma el busto de Gregorio XVI con la inscripcion: *fué déspota, pero no traidor*; si el rey de Nápoles enviase sus ejércitos de la Calabria en ayuda de los lombardo-venetos, como lo ha prometido hacer caso de arreglar lo de Sicilia; pero mas que nada, si la Francia dijese solo: quiero salvar la Italia, no bastaria poder ninguno á rehabilitar al Austria en su dominacion. Habria guerra, pero el resultado de esta guerra seria el triunfo de los pueblos oprimidos: la Italia se reorganizaria y fortificaria su nacionalidad, y la República francesa podria creerse salvada. De otro modo, si los principes de la media y la baja Italia se muestran sordos, y si la República no cumple el deber que su carácter fraternal le ha dado, los primeros tendrán que sufrir el ignominioso protectorado del Austria, y la segunda no sabemos si entonces será bastante fuerte para vencer las intrigas de sus enemigos interiores y los manejos de sus enemigos del exterior.

¿POR QUÉ? — BIEN. ¿Y QUÉ? — YA. ¿PARA QUÉ? — NO HAY DE QUÉ.

Tiene razon el *Clamor*;
segun lo que aqui se vé,
no sabemos si vivimos
en España ó en Babel,

Hará, poco mas ó menos
 cuatro semanas ó un mes,
 que al señor Gonzalez Bravo
 me lo fueron á prender.
 Y aunque eso de hacer prisiones,
 si bien se mira, tal vez,
 nada ofrece ya de extraño
 en este antiguo Belen;
 confieso que estupefacto
 con la nueva me quedé;
 y el caso lo requería
 considerándolo bien.

¿Será progresista Bravo?

¡Locura! No puede ser.

¿Qué será? ¿Qué no será?

¿Si querrá ser lo que fué?

Eso lo juzgo imposible,
 que atrás no puede volver
 quien hasta el dia ha jugado
 tan importante papel.

Pero entonces, dice el pueblo,
 y yo repito con él:

si Bravo no es progresista,

¿por qué le prenden? ¿por qué?

Sin embargo, esto se explica,
 segun mi corto entender,
 por alguna peripecia
 muy digna del entremes.
 Que Bravo no es progresista,
 que jamás lo puede ser,
 es cosa tan demostrada
 como dos y una son tres.

¿Qué es entonces? Moderado;

mas moderado que diez,

y es preciso que estén ciegos

los que claro no lo ven.

Pero siendo moderado,

¿cómo la toman con él

sus verdaderos amigos

los que están en el poder?

¿Habrá conspirado ese hombre?

tal vez sí; pues por mi fé,
 bien puede ser moderado
 y pensar en revolver.
 Ahora, ya puedo esplicarme,
 que siendo Bravo quien es,
 se pensára echarle mano
 y eu castigarle tambien.
 Su conducta es lo que estraño.
 ¿No es moderado? Sí, á fé.
 Pues si su bando está en boga,
 ¿por qué conspira? ¿por qué?

La verdad es que el buen hombre
 (algo ripio es lo del *buen*)
 cayó, y á poco no dan
 en Filipinas con él.
 Muchos que estan enterados,
 mas de lo que es menester,
 de los asuntos de España,
 y es bien raro que lo esten;
 dicen que efectivamente
 Bravo trataba de... pues;
 y no fué golpe arbitrario,
 lo de mandarle prender.
 ¿Pensaba en volver las cosas
 al año cuarenta y tres?
 No es posible que él quisiera
 los ojos atras volver.
 Yo no sé si pretendia
 ser á los suyos infiel;
 solo sé que le prendieron
 para soltarle otra vez.
 ¿Conspiró? — Vuelvo á decir,
 que no se puede saber;
 pero en tal caso el dilema
 tiene que quedar en pié:
 si en delinquir no ha pensado
 ¿por qué le mandan prender?
 Y si delinquirió, en efecto,
 ¿por qué le sueltan? ¿por qué?

Tiene el *Clamor* ciertas dudas.

que no puedo comprender por mas que yo pasé el dia dudando lo mismo que él. Pasan en España cosas de tan cómico interés, que nunca jamás se han visto ni se volverán á ver. Vimos á Gonzalez Bravo mas popular que Barbés y pasar de solo un brinco á las filas de Berryer. Luego para Filipinas ha estado al pie del batel y despues volvió á Madrid obsequiado á tutiplen. Y hoy dicen que hay nuevas órdenes para volverle á coger, y otros dicen que es mentira y otros ¡que diablos! no sé. Yo solo sé que en el dia todo camina al reves, y el que está pronto á subir no está lejos de caer. Quien manda, manda, es un hecho, mande mal ó mande bien; estas son cosas de España, no hay que preguntar *por qué*.

No faltará quien me diga: mi amigo, perdone usted, que no andamos tan á oscuras como quieren suponer. Ahí tiene usted los periódicos del gobierno, y yo bien sé que puede encontrar en ellos todo lo que ha menester. Mas yo digo lo del cura del pueblo de Pozaldez que por si ustedes lo ignoran lo trasladaré al papel. Era un hombre muy atento, y muy formalon tambien,

que oía á todo el que hablaba
con la gravedad de un juez.

Descaba sin embargo
que el que lograba obtener
su atencion, no le contase
cosas de poco interés.

Y cuando algun majadero
como suele acontecer,
le recitaba una historia
falta de cabeza y pies,
oía con gran silencio
sin pestañear ni toser
y solo hablaba á la postre
para decir: «Bien... *¿y qué?*»

Lo mismo que lo del cura
me suele á mí suceder,
cuando de los moderados
paso la vista á un papel.

Que la España está contenta
de que mandándola esten
sus hombres; porque la España
quiere la paz.—Bien *¿y qué?*

Que la Europa está revuelta;
que es preciso mantener
el orden, pues sin el orden
no hay libertad.—Bien *¿y qué?*

Que los hombres del progreso
quieren subir al poder,
porque es muy grata la silla
ministerial.—Bien *¿y qué?*

Que anhelan los moderados
el imperio de la ley,
y pueden darnos si quieren
legalidad.—Bien *¿y qué?*

Que hará feliz á la España
quien cumpla el programa aquel
de paz, orden, tolerancia
y justicia y....—Bien *¿y qué?*

Un dia se nos descuelgan
tan dulces como la miel
y otro dia echan venablos

sin que se sepa *por qué*.
 Ya dicen que se conspira
 con horrenda impavidez
 y ya que está la nacion
 convertida en un Edem.
 Que si hemos de ser dichosos
 en España alguna vez
 es necesario que cumpla
 cada cual con su deber.
 En eso no habrá disputa
 yo se lo juro ¡par diez!
 mas cuando hablan esos hombres
 no me puedo contener;
 me formalizo y me acuerdo
 del cura de Pozaldez,
 y rompo el silencio al punto
 para decir.—Bien..... ¿y qué?

Yo no dudo que algun dia
 (muy tarde debe de ser)
 han de brotar nuevas flores,
 en este anciano verjel.
 Pero digo lo que el loro
 cuando llegó á Santander;
 que por si tambien lo ignoran
 tambien se lo contaré.
 Venia un pobre lorito
 de la Habana, en un bajel,
 acurrucado en su jaula
 rabiando de hambre y de sed.
 La travesía fué mala
 pues tuvieron mas de un mes,
 de borrascas y de truenos
 creyendo al fin perecer.
 Venia digo, el lorito,
 temiendo perder la piel,
 agoviado del mareo
 y de estar solo tambien.
 Pues en cerca de dos meses
 de continuo padecer,
 no vió señal en sus amos
 de que se acordaran de él.

Por fin se acabó el viage,
 y al puerto llegó con bien,
 y los que antes le olvidaban,
 locos de volverlo á ver :
 ¡ Pobre lorito! decían,
 ven con tus amigos, ven
 ¡qué dias habrás pasado
 en este embarque cruel !
 Alzó la cabeza el loro
 y al notar con qué interés,
 le ofrecían un consuelo
 cuando estaba en Santander,
 cuentan que escuchó á sus amos
 con insolente desdén,
 y despreciando el consuelo
 contestó: «ya para qué?»

Eso mismo digo yo
 cuando me dan á entender,
 que ha de tornar la nacion
 á lo que otro tiempo fué.
 Que pasarán los calores
 y las heladas tambien,
 y brotarán flores bellas
 en este pobre verjel
 sí; mas puede tardar tanto
 la primavera en volver,
 que ya estemos en la gloria
 ó en la mansion de Luzbel.
 Y aunque el pronóstico es bueno,
 me ofrecen poco interés
 dias que no he de gozar
 y flores que no he de oler.
 Recuerden los que me entiendan
 aunque no lo han menester
 aquello que dijo el loro
 de marras—*ya, para qué?*

A los que no me comprendan,
 que bien puede suceder,
 algo tengo que decirles,
 mas no sé que les dire.

Iba á decir que perdonen
 mas lo impide mi altivez,
 y hay escrúpulos pequeños
 que nadie logra vencer.
 Yo no quiero pedir nada,
 siempre á mis principios fiel,
 y mucho menos perdón,
 sabiendo que ... *no hay de qué.*

UN HOMBRE QUE LO ENTIENDE.

Manolito, abanderado
 del regimiento de Albuhera,
 exclamó: ¡soy desgraciado!
 se rompió el asta-bandera
 y me encuentro desarmado.

Y la bella Doña Casta,
 esposa de D. Manuel,
 dijo: de clamores basta;
 iré á ver al coronel
 y te pondremos otra asta.

—Hola, *D. Circunstancias*, ¿epigramas tenemos?

Esto decía ayer cierta criatura que no puedo nombrar, porque me lo ha prohibido ella terminantemente diciendo que desea conservar el incógnito mientras dura lo crítico de las circunstancias.

—Si señora, sí; ya sabe usted que siempre he tenido afición al género epigramático.

—¿Y sabe usted, *D. Circunstancias*, que ese es un bonito epigrama?

—Lo mismo creo yo; es decir, lo mismo creía yo antes de saber que dice lo contrario el señor D. José Fariñas, gefe político de Cuenca.

—Pues señor, esa contestacion no me satisface por dos razones; la primera porque ignoro los títulos académicos de ese D. José Fariñas, para apreciar el valor que sin duda alguna tendrán sus opiniones literarias, y la otra porque aun cuando ese señor fuese mas listo que Lista, está sujeto a errores como hombres, y no debe usted atenerse á lo que él diga para modificar sus juicios.

—Me explicaré, amiga mia, me explicaré. Veo que entra usted poniendo en duda la capacidad literaria del señor Fariñas, y eso me sorprende mucho sabiendo que dicho señor es gefe político de Cuenca.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Mucho, señora mia, tiene mucho que ver; porque ¿la parece á usted que un hombre en el hecho de ser gefe político no tiene suficientes títulos para decidir en cuestiones literarias?

—Yo creía que un gefe político solo necesitaba saber gobernar á una provincia, lo cual no implica la necesidad de ser literato.

—Pues esa es una equivocación, señora mia, porque un gefe político no es ni puede ser una persona vulgar. Además, yo sigo al pie de la letra aquel precepto de respeto á los mayores en edad, saber y gobierno, precepto que me comprende de cabo á rabo tratándose del señor D. José Fariñas, el cual es mayor que yo porque tiene mas años, sabe mas que yo porque es gefe político y está á mayor altura en la escala del gobierno.

—Con que es decir, que todos los gefes políticos sabrán mucho?

—Son hombres universales. El menos instruido de todos es Don José Fariñas y no tiene inconveniente en disputar á cualquier hora de teología con un teólogo, de medicina con un médico, de jurisprudencia con un jurisconsulto y de literatura con un literato, como lo ha probado al suprimir el *Album* de donde he copiado el epigrama que copio al principio de este artículo.

—¿Y dónde se ha suprimido ese *Album*?

—En Cuenca.

—¡Válgame Dios! Eso es incomprendible. ¿Con qué ha suprimido un *Album*? Déjeme usted, que voy corriendo á guardar el mio en lo mas hondo de un cofre no sea que le dé la gana al señor Fariñas de suprimirmelo tambien. ¡Vaya! pues no sabe usted lo que estimo yo mi *Album*, como que contiene las firmas de los primeros poetas españoles.

—Pero.....

—Si señor, voy á guardarlo debajo de siete estados de tierra que no quiero deshacerme de él. ¡Cuidado con ella y á qué tiempos hemos llegado, que tenga un gefe político derecho á suprimir un *Album*!

—Venga usted acá, criatura, venga usted acá. Su *Album* de usted está exento de los ataques del señor Fariñas; en primer lugar, porque él manda en Cuenca y usted está en Madrid, y en segundo lugar, porque aunque estuviera usted en Cuenca no tendria el señor Fariñas derecho para suprimir su *Album*.

—¡Toma! ¿Pues no dice usted que ese señor ha suprimido otro *Album*?

—Si señora.

—Y si ha podido suprimir ese *Album* ¿por qué no podría suprimir el mio?

—Porque su *Album* de usted es una propiedad reservada de que solo usted puede disponer, y el *Album* que dicho señor ha prohibido es un periódico titulado el *Album*.

—¡Aah! ya caigo ¿con qué ese *Album* es un periódico?

—Justamente era un periódico que se publicaba, ó por mejor de-

cir, que debia publicarse en Cuenca, lo que no ha podido verificarse porque no lo ha permitido el señor D. José Fariñas.

—¿Y por qué no lo ha permitido?

—¿Quién lo sabe? Porque el señor D. José Fariñas es gefe político, y ya sabe usted que el que manda hace lo quiere sin tener que dar esplicaciones á nadie. Lo único que sé es que ese señor, desde que supo que se pensaba publicar el *Album*, manifestó grande oposicion á que se publicase, y eso que el *Album*, como periódico puramente literario, no podia ofrecer ningun recelo al gobierno, siendo ademas muy plausible que en una provincia como Cuenca, hubiese jóvenes que se dedicasen al cultivo de las letras.

—Con que, segun eso, el *Album* era periódico de literatura, y sin embargo le han suprimido? Dígame usted, D. *Circunstancias*, qué, la literatura es cosa mala?

—Yo creia antes que era muy buena, pero he modificado mi opinion al ver la aversion que la tiene D. José Fariñas; porque cuando ese señor la mira de reojo, siendo gefe político, no debe ser cosa buena.

—Cuénteme usted cómo y por qué se ha suprimido el *Album*.

—Primeramente llamó el señor Fariñas á los redactores del *Album* y les dijo que su periódico necesitaba lo que se llama correccion de estilo.

—Ave Maria! Pu es qué, ¿era alguna contestacion al discurso de la corona?

—Eso le contestaron los jóvenes redactores, diciendo que una autoridad no tiene nada que ver con que una publicacion sea mala ó buena con respecto á su mérito literario; pero el señor Fariñas dijo que el periódico carecia de gramática y que tenia muy malos versos.

—¿Pero quién es D. José Fariñas para meterse en eso?

—Señora, ya he dicho que D. José Fariñas es un gefe político, y por consiguiente tenemos precision de respetar su voto en materias literarias. Yo tambien, hablando para *inter nos*, creo que el *Album* era un periódico digno de la corte; que estaba escrito con gracia y correccion, y que insertaba muy buenos versos; pero esta opinion me la guardo para mi solo, y [me libraré muy bien de emitirla en público; pues podria formarse muy mal concepto de mí, si en las circunstancias que atravesamos dijera que me parece bien una cosa pareciéndole mal al señor D. José Fariñas, gefe político de Cuenca. Debo manifestar, no obstante, que el señor Fariñas dijo á los redactores del *Album* que daban como suyos versos que no eran suyos, sino de Zorrilla, lo cual prueba que los versos del *Album* eran buenos, ó que Zorrilla es capaz de hacerlos malos. Por fin, luego quiso el señor Fariñas denunciar el periódico ante la censura eclesiástica, en concepto de herético (vaya una heregia), porque decia que David fué hombre muy versado en la gramática parda. Tambien trató de denunciarlo, en concepto de subersivo, y el fiscal, empeñado en com-

placer al señor gefe, no pudo hacer nada, no encontrando motivo en que fundar la denuncia. Por último, se cargó el señor Fariñas, y suprimió el *Album*, echando 500 rs. de multa para escarmiento.

—¡Tómate esa!

—Con eso no volverán en Cuenca á escribir de literatura, que es bien extravagante eso de pensar en las letras á la altura de civilización en que nos encontramos.

—¿Usted cree eso?

—Es mas que si yo lo creyera, porque lo cree D. José Fariñas y no hay que darle vueltas; la autoridad de un periodista en estos tiempos es muy inferior á la autoridad de un gefe político, y sobre todo de un gefe político como D. José Fariñas, que por lo poco que sabemos de él manifiesta ser hombre que lo entiende.

EL COMER Y EL RASCAR SOLO QUIERE EMPEZAR.

Con mucha estrañeza vió el otro día D. *Circunstancias* que se le acercó un moderado diciendo que si le podria ocultar en su casa.

—¿Cómo es eso? ¿usted quiere ocultarse siendo moderado?—Sí señor.—Pero ¿por qué?—Porque ya ha empezado la broma contra nosotros tambien, y usted sabe que el comer y el rascar... todo quiere empezar. Ahí tiene usted á todo un caballero, que sobre ser caballero se llama D. Andrés Caballero, el cual pertenece al partido moderado, ha dispensado su proteccion de capitalista al gobierno, y sin embargo le fueron á prender la otra noche.

En esto estábamos, cuando llegó á nuestras manos el *Popular* y nos sacó de dudas, diciendo que el gobierno habia dado esplicaciones al señor Caballero, lo cual manifiesta que el hecho de haberle ido á prender es cierto, y si el hecho es cierto, algo debe enseñar al gobierno haciéndole comprender hasta dónde podria conducirnos siguiendo en boga el sistema de encarcelamientos. Por fin, el señor Caballero ha recibido satisfacciones del gobierno. ¡Dichoso de él! Aunque si bien se mira, no es tan dichoso, pues parece que se puso malo del susto, y no es estraño, porque el caso no era para menos. Dios nos libre de un *quid pro quo* por el estilo.

Se suscribe en Madrid á 8 rs. al mes en la redaccion, calle de Alcalá núm. 44, cuarto bajo, y en las librerías de CUESTA, MATEU, GASPAS y ROIG, en el obrador de libros rayados y encuadernaciones de MARIN y BATRES, calle de S. Martín, núm. 4, y en la librería de MONIER, carrera de S. Gerónimo.

En provincias; 30 rs. por trimestre, en las principales librerías y administraciones de correos.

Editor responsable, D. MANUEL TURREZ.

Imprenta de D. J. Llorente, calle de Alcalá, número 44.